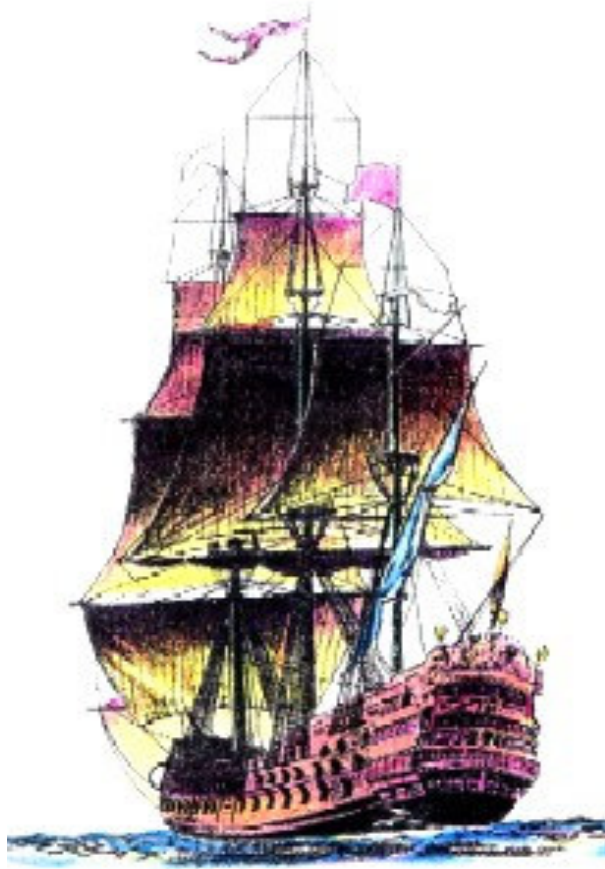


**COLECCIÓN DE  
CUADERNOS BORRADORES**



**JUAN DE GARAY  
Y SANTA FE DE LUYANDO**

**GUILLERMO A. EBERLE PATTERSON**

**EDICIONES DEL  
ILUSTRE RESTAURADOR**

# JUAN DE GARAY Y SANTA FE DE LUYANDO

*(Santa Fe de Luyando no estuvo en Cayastá)*

## LA SEGUNDA PARTE



*El General Juan de Garay, la Estampa de Capitanes, era un hombre tan hábil como enérgico, aunque temerario. Combinados estos dones en su debida proporción le permitieron ganarse, como buen Caudillo que era, el aprecio de su gente que lo siguió lealmente.*

***No puede considerarse a la historia como letra muerta guardada en los libros que reposan en los anaqueles bibliotecarios. Para que permanezca viva entre nosotros debe ser objeto de permanente revisión y crítica, actualizando sus fechas y ratificando otras, agregando documentos exhumados de viejos archivos, enmendando errores, dando nuevos puntos de vista a la luz de noticias recibidas y, en definitiva, otorgándole cierta dinámica que llegue a hacerla cotidiana. Porque si decimos que la historia es del Pueblo, es el Pueblo quien quiere saber de qué se trata. Al Pueblo se deben los historiadores; y no a las Academias ultramontanas ni a las interesadas Escuelas peregrinas importadas desde el extranjero.***

El autor, *Textos escogidos*, 1998.

***Copia de la segunda y última parte del resumen y apuntes disponibles hasta el momento en mis cuadernos. Dedicados como el anterior a mi buen amigo, investigador y amante de nuestro pasado don Elder Armando Garrone de Helvecia, Santa Fe, donde una vez fuera asiento del pueblo y fuerte de Santa Fe de Luyando.***

### Se define la senda a transitar

“Si con Juan de Garay siguiese el camino que otros ya han transitado, mi destino, en esto, estaría predeterminado: llegaría, inexorablemente, al mismo punto al que arribaron otros. Que no critico diciendo que tal asunto sea malo y perimido, sino que, para lo que nos interesa: *Santa Fe de Luyando y su ubicación geográfica*, lo actuado es indigente; porque ciertas cuestiones no nos incumben, y el resto no alcanza a satisfacer. Consecuentemente habrá que abrir y transitar senda nueva. Sin duda el desconocido sendero, debería ser el más sencillo de todos: sería de buen tino el comenzarse por la vida de Juan de Garay.

Pero al hacerme tal *proposición*, como llamaba Aristóteles a cuestiones como esta, he chocado con un escollo casi insalvable, por lo menos a la altura de mis medios que son tan menesterosos como los de un limosnero. Ahora bien: no faltará quien diga que se podría comenzar por una biografía de Garay de las que ya están disponibles. Y esta sería una buena idea si no fuese que tales biografías están llenas de lagunas, a tantas que, si se juntarían todas en una sola, tendríamos otra del tamaño de la de Mar Chiquita. A tales lagunas los historiadores las han cubierto con conjeturas imposibles de verificar en ayer tan lejano. Pero lo conjetural no sirve más que para salir del paso. Con tales cimientos no podemos levantar un edificio que nos guarezca de las inclemencias que seguramente se nos vendrán encima.

En Garay todo es incierto: desde el lugar y fecha de su nacimiento, hasta el lugar y fecha de su trágica muerte. Por lo que en esta instancia habría que decir de Garay, lo que Ignacio B. de Anzoátegui dijese al referirse a Colón en su prólogo a *Los Cuatro Viajes del Almirante y su testamento*: “Una de las pocas leyes que la excepción no confirma es aquella que establece que todo hombre nacido para realizar un acto extraordinariamente importante debe carecer de partida de nacimiento.” Lo mismo nos acontece con Irala. A *Irala y Garay solamente los conocemos por sus compañeros de espada y arcabuz, por sus servicios positivos a la causa de la Corona y por el acierto de sus medidas gubernativas*. Así como nos pasa, sin ir tan lejos, con Cervantes y Shakespeare: de tantas pinturas de exquisita belleza que brotaron de sus plumas maravillosas, se olvidaron de hacer la propia.

Llama la atención, por ejemplo, que en los documentos que tengo disponibles de Garay, él no menciona a sus padres ni abuelos, tampoco a sus hermanos, ni a su hogar vizcaíno, siendo ésta la plena época en donde cualquier petición o reconocimiento de servicios comenzaba con la cita de los antepasados, como demostración de la limpieza de sangre. Por esta razón es que Paul Groussac (*Mendoza y Garay*), y un poco antes Juan María Gutiérrez (en su descuartado e inconcluso *Estudio sobre la Argentina*), lo sospechan huérfano desde la más tierna edad y recogido en la casa del licenciado Zárate, antes de que éste cambiase su alcaldía en Segovia por una oidoría en la Ciudad de los Reyes (Lima).

Sin embargo en carta de Garay al rey, fechada en Santa Fe el 20 de abril de 1582, manifiesta, encareciendo los méritos leales de sus deudos, que “entre ellos se señalo el licenciado Zárate, *cuyo sobrino soy*, primer Oidor de la Ciudad de los Reyes, que vino con el Virrey Blasco Núñez de Vela, y me traxo consigo de edad de treze u catorce años.”. Pero es posible que los “*deudos del Adelantado*” a quien alude Garay (en el pleito de Vera y Aragón), hayan sido los *Mendieta*, hermanos de Juan Ortiz de Zárate, los cuales eran *Luyando* por la parte materna, y parientes de *Lucía Luyando*, la nuera del oidor, también oriunda de Orduña y a fin a Garay en cualquier grado de parentesco. En un reclamo por los bienes del Adelantado Juan Ortiz de Zárate (Archivo de Indias), presentado en Madrid el 14 de abril de 1854, se encuentra la firma de *Juan de Luyando Zárate y Mendieta*, vecino de Orduña, que dice en tal documento ser su sobrino.

De manera que al nombrar a Santa Fe como de *Luyando*, Garay hace un rendido homenaje a los Luyando y a los Mendieta orduñeses, pero muy particularmente al apellido Zárate, el del Adelantado de quien era teniente y pariente en algún grado y, en definitiva un ofrenda a sí mismo. En Luyando yo no veo ningún mensaje críptico como se ha insinuado por allí. En aquella época debió ser conocido por todos este hecho y, por lo visto, Ortiz de Zárate, que a San Cristóbal (emplazada a la vera del Río Negro uruguayo, como la malhadada San Cristóbal de Caboto), *la llamaba La Ciudad Zaratina* (1574) y los demás, para no ser menos también, no le opuso objeciones al nombre Santa Fe, ni a su apellido Luyando, elegidos por *El General*, viniéndole a quedar *Santa Fe de Luyando*.

Del gran abanico de posibilidades que nos presentan las biografías de Garay, he considerado como indispensable para nuestro objetivo, centrar la vida del prócer en el segmento que va desde su llegada a Asunción el 11 de diciembre de 1568, hasta la fundación de Santa Fe de Luyando en la ribera occidental del  *río de los Quiloazas* (luego  *río de los Dorados* y finalmente  *río San Javier*), el 15 de noviembre de 1573. El fragmento de tiempo que he elegido es de 4 años, 11 meses y 5 días, si he contado bien. Y la pregunta sobre este particular es: ¿cuáles fueron las actividades de Juan de Garay en estos casi cinco años? Es decir, sabiendo de antemano que Garay era un hombre extraordinariamente activo, es de nuestra incumbencia conocer en qué actividades gastaba aquel tiempo previo a la fundación. Tal vez por allí encontremos la simiente que terminó en la Santa Fe de Luyando.

### Juan de Garay en Asunción

Para lo que sigue debemos hacernos a la idea de que, mientras desarrollamos los sucesos en Asunción y en el río Paraná hasta el estuario del Plata, en España, Ortiz de Zárate, que al final vendría reconocido como Adelantado por Felipe II (ratificación de la cédula firmada por el Presidente Lope de Castro el 20 de febrero de 1567), había iniciado una dura batalla contra centenares de obstáculos que se le impusieron y otro centenar de hombres que se le interpusieron por envidia o codicia para que no lograra su objetivo (desde principios de 1568). De manera que se puede decir que el 11 de diciembre de 1568, cuando llegó la flotilla a Asunción procedente del puerto de los Reyes, trayendo como lugarteniente del Adelantado a Felipe de Cáceres y a Juan de Garay como colaborador de su gobierno (ambos nombrados por Ortiz de

Zárate a fines de 1567, es decir, antes de su partida para España), la expedición marítima de don Juan ni siquiera estaba en pañales.

Garay de unos 39 años de edad entonces, llegó a Asunción procedente de Santa Cruz de la Sierra (Eduardo Madero, Paul Groussac), acompañado por su esposa doña Isabel de Bezerra y sus hijas (carta del 20 de abril de 1582 en Madero, Groussac, Leoncio Gianello, Cervera). Que a decir verdad no eran hijas sino hijos y en número de cuatro. Una de ellas, de nombre Jerónima Contreras, se casó en Santa Fe con el entonces Capitán Hernando Arias de Saavedra (*Hernandarias*), para nosotros *El Gran Capitán*. De la *Relación de Méritos y Servicios* dada por Garay cuando fue gobernador, se infiere que otra de estas hijas se habría casado con el Procurador Juan Fernández de Enciso (figura en la partija de tierras que hizo Garay en Buenos Aires). No tengo noticias de las otras dos, por lo que conjeturo sin fundamentos, que permanecieron solteras, porque Garay le pide al rey le ayude a casarlas con “persona ó personas encomenderas de Indios.”

Pero Garay tenía, además, un hijo natural a quien llamaban Juan de Garay, *El Mozo*. Posiblemente su madre haya sido una indígena, por el simple hecho que, de haber sido española, se la habría citado en los documentos. Este Garay, *El Mozo*, reconocido por don Juan, es el mismo que también aparece en el repartimiento de tierras (ya se había casado con doña Juana de Saavedra), que su padre hiciera en Buenos Aires después de su fundación (Madero, Pedro de Angelis en *Colección de Obras y Documentos*). Pero cuando *Hernandarias* hace su *Relación de Méritos y Servicios* (1596), aparece como su apoderado un Thomas de Garay, que posiblemente sea otro hijo natural de Garay con la misma indígena o con otra y, en consecuencia cuñado de don Hernando Arias. Recuerdo de paso que, al ser asesinado Garay (por los españoles tumultuarios de Santa Fe de Luyando y no por los *timbúes* como han inventado por allí), antes del primer semestre de 1583 en la desembocadura del Carcarañá (y no en los lugares imaginados después), venía acompañado por una dama que no era doña Isabel, posiblemente indígena. Con ella echó pie a tierra en la playada para pasar aquella noche que terminó siendo la de su homicidio. Al parecer los atacantes no mataron a la mujer, ni la secuestraron. Si los agresores hubiesen sido indígenas no la hubiesen perdonado.

Ahora bien: vayamos a lo que nos interesa. Si en 1568, el mismo Garay dice que tenían cuatro hijas con doña Isabel de Bezerra, debemos suponer que a esa fecha el matrimonio llevaba entre cuatro y cinco años de casados. Y todas estas hijas fueron nacidas en Santa Cruz (Groussac). Si esto fue así, el casamiento de Garay debió realizarse entre 1563 ó 1564. Sin embargo tropezamos con un serio inconveniente: en esos años, de acuerdo a la documentación oficial, Garay residía como soltero en Santa Cruz y doña Isabel era soltera y vivía con su madre en Asunción. Para salvarnos de este aprieto revisamos meticulosamente a los años 1563 y 1564. Comenzamos bien, porque en 1563 no encontramos nada sobre este asunto en la primitiva Santa Cruz. Pero hay constancias que 1564 salió de Santa Cruz una caravana hacia Asunción encabezada por el General Nuflo de Chávez (Ruí Díaz de Guzmán, del Barco Centenera, Groussac), fundador de Santa Cruz en 1561. Y casi con seguridad, entre sus compañeros se encontrarían don Juan de Garay y Diego de Mendoza, cuñado de Chávez. Y como éste estuvo ocho meses en Asunción es posible que allí conociese a doña Isabel, se enamorara de ella y se casara inmediatamente. De manera que al regresar a Santa Cruz, doña Isabel ya se encontraba embarazada de la primera de sus hijas.

### Primeras expediciones de Juan de Garay

Ya puede ver el amable lector que no todo lo que dicen los documentos es historia. Hay otra historia deducida, inferida o inducida que es tan veraz como la documentada. En ningún documento de la época se menciona la estancia de ocho meses (calculo que entre fines de 1564 y principios de 1565), de Garay en Asunción con un casamiento de por medio. Pero no hay otra forma de demostrar lo de las hijas de Garay. A menos que alguno piense que doña Isabel, una doncella con todas las letras, mujer pundonorosa y recatada, se largase de Asunción a Santa Cruz a lomo de mula, entre maniguas infernales, bañados y esteros interminables y bravías comunidades indígenas, en busca de don Juan a quien habría conocido por correspondencia o por algún angelito que les haría de correveidile. De donde vendría a resultar que Isabel de Bezerra era más andariega que *doña Angélica* del *Quijote* (*Don Quijote*, Segunda Parte, Cap. I).

Este razonamiento, lanzado de manera que pareciese dicho al azar y con olor a chisme, no lo es. Y nos servirá en lo que ya asoma el rabo para dilucidar el entresijo. Muy pronto echaremos mano de él, si es que se tiene un poco de paciencia.

De conformidad con los documentos obrantes en mi poder y otros de consulta que no son míos, don Juan de Garay realizó cuatro expediciones al Río Paraná y por lo menos tres al Río de la Plata, a las cuales paso a referir seguidamente. Con lo dicho quiero señalarle al lector que Juan de Garay, cuando funda Santa Fe de Luyando, no era un recién llegado, ni un improvisado hecho a dedo de un mandamás entre gallos y medianoche, o un trepador indiferente como los que en la actualidad azotan a la sociedad. No. La Corona Española, siempre bien informada desde los tiempos de los Reyes Católicos, no se equivocó con él al hacer sus designaciones en estos tiempos de Felipe II, su biznieto.

## La primera expedición

A mediados de 1547, algunos indígenas “de abajo” (así eran conocidas las etnias que habitaban lo que actualmente es el Bajo Paraná), llevaron la noticia a Asunción de que ciertos españoles habían llegado a Sancti Spiritus, el que otrora fuera el fuerte y real de Caboto en la confluencia del Carcarañá con el Paraná (actual Gabotto, Santa Fe). Para reconocerlos se destacó al Capitán Felipe de Cáceres, quien a mitad de camino se entera, por otro grupo de aborígenes que le salió al encuentro, que dichos españoles, luego de permanecer cierto tiempo en el lugar, se habían marchado tierra adentro (Ruí Díaz de Guzmán). Pero, ¿quiénes eran? Y, ¿qué querían? O, ¿qué andaban buscando en una gobernación que les era ajena?

Diego de Rojas había sido encomendado por el virrey Blasco Núñez de Vela y su gobernador Pedro de la Gasca, para descubrir la *Ciudad de los Césares* (una quimera como el *Dorado*, *Jauja*, *Juvenicia* – la Fuente de la Eterna Juventud-, etc.), que “diz es muy poblada e rica”. Y según un estudio hecho por aquellos españoles, ella podría encontrarse entre Chile y el Río de la Plata. La expedición salió entre mayo y junio de 1543, integrada por unos 200 hombres. Atravesó el Perú, entró por Humahuaca, llegó al Aconquija y al valle de Catamarca, y avanzó hasta la región de los indígenas *Juríes* (al sur de la actual Santiago del Estero), donde una flecha envenenada mató a don Diego. A causa de este infortunio tomó el mando su segundo que era Francisco de Mendoza y con él llegaron a las sierras de la actual Córdoba. Siguiendo de allí al Río Tercero penetran en el Carcarañá (nombre que toma el Tercero a la altura de la actual Cruz Alta, Córdoba), y de esta manera desembocan en el Paraná.

Al llegar a este solar cundió el desaliento entre los expedicionarios, porque la *Ciudad de los Césares* no aparecía, como no apareció jamás. Surgen diferencias entre ellos, sobrevienen las peleas que terminan con el asesinato de Mendoza. Entonces regresaron al Perú con las infaustas nuevas y de aquellos 200 hombres tan solo retornaron 80. Entre ellos se encontraba un jovencito de tan solo 19 años llamado Juan de Garay (Roberto I. Biraghi, José L. Busaniche, Enrique de Gandía, etc.). Como en este lugar los españoles estuvieron entre dos y tres meses, se puede decir que cuando se repatrió, Garay, un explorador innato, debió conocer el lugar en detalle. Más tarde, luego de veinte años continuados de servicios al Rey, Garay regresaría pero no lo haría por el Carcarañá sino llegaría por Asunción. Venía esta *Estampa de Capitanes* buscando la gloria y la inmortalidad de su nombre. Quiera Dios que su alma haya quedado deambulando entre nosotros, porque esta es la tierra que él tanto amó, entregándole su juventud y su vida.

## La segunda expedición

Dijimos que la flotilla que llevó a Asunción a Felipe de Cáceres, lugarteniente del Adelantado, había llegado en la mañana del 11 de septiembre de 1568. Ese mismo día Cáceres se hizo cargo del gobierno “sin quitarse las armas que traía” dice la crónica, prestando juramento ante el Teniente Ortega y el Cabildo, en “presencia de los oficiales y los más conspicuos vecinos” le agrega Groussac. Este apresuramiento no debe ser interpretado como fruto de la impaciencia de un recién llegado. Sino el amargo fruto de las discordias existentes entre el Obispo Francisco Pedro de la Torre, franciscano, y el General Cáceres, que duraron los tres años y medio de su gobierno (de 1569 a 1572), sin que ninguno se diese tregua en todo género de maldades, y cuyo trasfondo, lamentable es decirlo, es del orden económico o metálico si prefiere el lector.

No es de nuestro interés en esta instancia el desarrollo de aquella guerra sorda entre el poder eclesiástico y el temporal o, si se prefiere entre el Pastor de aquellas almas y el General que debía velar por la paz y el orden de la comunidad. Lamentables circunstancias; ruinosas para la comunidad asunceña, que resultó fragmentando al pueblo en banderías, y cuyo final fue el triunfo del Obispo de la Torre sobre el legítimo gobernador designado por el Adelantado, a quien destituyó de su cargo, despojó de su investidura y lo aherrojó como un perro o un bandido a las patas de su cama. Mucho más tarde los Padres Jesuitas Guevara y Lozano hicieron, en sus respectivas historias, encendidas defensas del Obispo de la Torre, cayendo en una serie de fantasías, desmentidas luego por los documentos de aquella época, motivo por el cual ambos se derrumbaron en el más completo descrédito. Es que nunca falta un roto para un descocado.

Seguimos entonces con lo nuestro. Ocho días después de su llegada, es decir el 19 de diciembre, Cáceres nombra a Juan de Garay como Alguacil Mayor de la provincia “como en todas otras cibdades, villas e lugares que están poblados e se poblaren de aquí en adelante (...) de la forma y manera que lo ussan y exercen los alguaciles mayores de los rreynos del Pirú.” Este es el primer empleo público que le fue concedido a don Juan (Madero), y no fue por la benevolencia de Cáceres, sino por las instrucciones que traía del Perú (Groussac) y a las que ya he citado. No cabe duda que gracias a los buenos oficios de su Alguacil Mayor, Cáceres pudo afianzarse en el poder en los primeros seis meses: pacificando algunas comunidades aborígenes declaradas en rebeldía (incitadas posiblemente por secuaces del mismo Obispo), e imponiendo en la ciudad orden y respeto.

El 31 de julio de 1569, Cáceres parte en una expedición llevando “doscientos hombres de guerra, españoles e hijos naturales, con las armas, municiones e cavallos e vituallas necesarias”. Antes de partir desde

Asunción delegó el mando en don Martín Suárez de Toledo (el padre de Hernandarias), quien tomó posesión de inmediato.

En realidad esta campaña fue de pocos meses por los ríos Aacay, el Tebicuarí, y alguna parte del Paraná que, con seguridad, no llegó más allá de la actual ciudad de Corrientes. Digamos que, si tomamos a Asunción por centro, el radio que abarcó esta expedición no debió exceder las cuarenta leguas.

No existen constancias de que Garay haya acompañado en esta primera expedición al contador devenido en General, don Felipe de Cáceres. Sin embargo soy de opinión de que formó parte de ella por razones muy sencillas: las dotes militares y organizativas de Garay acreditadas en su foja de veinte años de servicios (la expedición al Aacay no fue una visita: fue punitiva), que no las tenía Cáceres; la confianza que depositaba éste en Garay por ser un pariente de don Juan Ortiz de Zárate, y considerarlo algo así como un *socio* de él en la nueva empresa, aunque en realidad no lo fuera nunca. Pero hay algo más para acreditar en esta conjetura: cuando Ruí Díaz de Guzmán equivocadamente dice que en lugar de Martín Suárez de Toledo el que quedó a cargo de la provincia fue Pedro de la Puente, se refiere al que en todas estas jornadas reemplazó en su cargo de Alguacil Mayor a Juan de Garay. ¿Una casualidad?

### **La tercera expedición**

Regresado de su jornada Felipe de Cáceres se puso en aprestos para llevar a cabo otra, con la idea muy difusa de marchar por el río Paraná hacia abajo, pretextando llegar hasta el Río de la Plata para saber si la armada del Adelantado Ortiz de Zárate había arribado a la embocadura del estuario o a la isla San Gabriel. Si bien la idea de expedicionar era siempre buena, el pretexto sobre el que se montó fue malísimo. Porque por esos días el Adelantado, peregrinando en la Corte Española, no había iniciado ninguna tarea de apresto de su expedición. Veámoslo: el 10 de abril de 1569 Ortiz de Zárate celebró con Felipe II una capitulación en Madrid por la cual se lo nombraba Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata; el 11 de enero de 1570 se le otorgó el título de Adelantado; el 1° de junio se le fijó un sueldo de 2.500 ducados de plata y recién en marzo de 1572 estuvo listo para partir conduciendo tres naves, una zabra y un patacho, con 300 hombres y 50 mujeres entre casadas y solteras (Madero).

Con el propósito de expedicionar desde Asunción, Cáceres hizo aparejar dos bergantines y algunas embarcaciones menores y se hizo aguas abajo en junio o julio de 1570, por lo que habría llegado unos 30 ó 40 días después a la solitaria San Gabriel. En verdad de esta *entrada*, como se le decía entonces, ha quedado muy poca traza como para seguirla. Groussac, junto con otros historiadores, duda de que Garay haya participado en ella por lo que habría quedado en Asunción. Como dudando no dicen absolutamente nada más al respecto.

Sin embargo Cáceres en su *Testimonio* (presentado en la Audiencia de Asunción el 11 de marzo de 1573), dice respecto de esta expedición: “Aunque no hallé la dicha armada, no dexó de hacerse fruto e provecho en el dicho viaje en tratar paz y amistad con las naciones del Río y especialmente con los guaraníes de las yslas, y en tomar alguna noticia de la población de los españoles que está hecha en Tucumán, para que cuando Dios fuera servido tener trato y comercio con ellos, especialmente haciéndose (...) la población de Santispiritus (...) abriendo puerto y escala tan importante para el trato y comercio del Perú.”

De este fragmento que tenemos a la vista se pueden extraer algunas conclusiones muy interesantes. Como por ejemplo: que en realidad Cáceres hizo esta incursión río abajo, deteniéndose en cada rincón donde hubiese una parcialidad aborigen (las que ya he consignado en la Primera Parte de este ensayo), para tomar semblante, lengua y ver la posibilidades de hacer lo que posteriormente se devela como su verdadera intención; que el propósito de fundar un puerto y población en aquellas costas era tener trato, contrato y comercio con los españoles que estaban el Tucumán; que al mismo tiempo dicho surgidero serviría de escala y recalada para los navíos que debían hacer la travesía por el Paraná desde el sur hacia la Asunción y viceversa; que da la impresión de que Cáceres, en una primera aproximación, se hubiese inclinado por Sancti Spiritus de Caboto (o las *Torres de Caboto* como se le decían a aquellas ruinas) como el puerto a elegir para tal objetivo; y, finalmente, que *este escrito nos recuerda a la idea general que daría Garay en su carta cuando sale a fundar Santa Fe de Luyando*.

De manera que ya, en lo contencioso, tenemos sobre este particular cuatro opciones: que fue una idea de Cáceres; que fue una idea de Garay que se la comentó a Cáceres y él la hizo propia; que fue una idea madurada entre los dos; y, la cuarta y última, que fue una *directiva secreta* que se les diera a los dos antes de salir de Santa Cruz de la Sierra en 1568. Con este presupuesto, y conociendo otros detalles que se ventilaban por aquellos días en Asunción y el Perú, no es fácil de inclinarse por quién fue el autor de estas iniciativas. Pero si nos atenemos a las fechas, primero fue el *Testimonio* de Cáceres (marzo de 1573) y luego la carta de Garay (3 de abril de 1573 y repetida el 20 de abril de 1582).

El otro extremo es decir que la idea de tal empresa “estaba flotando en el aire” asunceño. No. Porque la Asunción de Irala subsistía en 1570, a pesar de haber transcurrido unos catorce años de la muerte de aquel Caudillo (3 de octubre de 1556). Esto es: total aislamiento con candado, abandono de puertos o poblaciones

españolas río abajo, completa ausencia de exploraciones en el litoral paranaense y férrea dictadura para mantener el *Paraíso de Mahoma*, como llamó Alvar Núñez Cabeza de Vaca a lo que encontró en Asunción, ciudad “condenada a mil pecados” (véase la *Memoria* de Pero Hernández, secretario de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, del 28 de enero de 1545: es la galería del horror). De aquella comunidad no podrían salir ideas geopolíticas que diesen políticas de expansión. Necesariamente ellas debieron venir de afuera y, por la edad de los involucrados, con un recambio generacional.

Es que la función noble y loable que cumplió y cumplía Asunción había llegado a su fin. No son muchos los que ayer y hoy se han percatado de esto. Ella había sido fundada bajo la concepción geopolítica de interponer entre las Charcas, en los contrafuertes andinos y camino al *Inga* (tal cual llamaban al *Inca*, el *Rey Blanco*, el *Argentino*), una población y fuerte, que impidiese el tránsito de los portugueses desde el litoral Atlántico (desde San Vicente o Santa Catalina, como lo hiciera Alejo García). Lógicamente el Río de la Plata no interesaba momentáneamente y por eso Irala despobló la villa y puerto de la vieja Santa María de los Buenos Aires (cartas de Irala del 10 de abril 1541).

Pero en 1570 la situación era completamente distinta a la que vivieron aquellos que fueron la mesnada del Magnífico Adelantado don Pedro de Mendoza. Los españoles estaban en el Perú y habían llegado hasta el Tucumán por un lado y hasta Chile por el Pacífico. Pronto lo harían hasta el mismísimo Paraná, pero procedentes de tierra adentro, como fue el suceso que he relatado en la Primera Expedición.

El completo desabrigo en que se dejó al Río de la Plata, su costa oriental y occidental, sujeto solamente a la vigilancia costera que realizaban algunos aborígenes amigos (siempre tardía en sus informes y ejecutada por hombres sobornables), fue el camino feliz y expedito para que se les infiltraran toda clase de banderas en aquella inmensidad abandonada. Algunas de ellas de naciones muy peligrosas, como las expediciones inglesas que navegaron el estuario y los ríos Paraná de las Palmas y el Paraná Guazú, hicieron desembarcos en ambas orillas y llegaron a acantonarse para la invernada en las costas patagónicas (Puerto San Julián y otros), a la espera de buen tiempo para cruzar el Estrecho de Magallanes. En verdad no se sabe cuántas expediciones al Río de la Plata se llevaron a cabo por parte de los ingleses, juntos con sus aliados entonces en la piratería como Portugal (que pronto pasaría a ser una colonia británica por obra de los Braganza), Francia, Holanda y Suecia.

Felipe II no debía estar ajeno a estos sucesos, como que sabía perfectamente quien estaba al frente de Inglaterra: Isabel I. Esto debió ser motivo de gran preocupación para el monarca, y de allí es que supongo, se obligaron a hacer llegar las instrucciones secretas a las distintas posesiones de Tierra Firme. Y digo secretas porque estaba de por medio Inglaterra como cabecilla en las intrusiones. De haberlas hecho públicas, seguramente terminarían en un fuerte dolor de cabeza. Esta es la causa por la que no existe documentación al respecto. Seguramente la recibirían los indicados con precisión, procediendo inmediatamente a su incineración.